

Capítulo 22. El mundo antiguo

Un fulcro histórico: el Imperio Persa • Paréntesis: ¿Cómo entender a los griegos? • Los macedonios: alumnos de los griegos • Los macabeos • El Imperio Romano • Las dificultades del Imperio Romano con los judíos • La aristocracia judía pro romana • Conclusión

En aquellos días ciertos renegados salieron de Israel y confundieron a muchos, diciendo: “Hagamos un pacto con los gentiles.” * ... Muchos del pueblo [judío], todos los que abandonaron la Ley, se les unieron, e hicieron maldades en la tierra.— *1 Macabeos* (1.11, 1.52)

El Diccionario de la Real Academia Española define el verbo ‘sorprender’ así: “coger desprevenido.” O así: “conmover, suspender, o maravillarse con algo imprevisto, raro, o incomprensible.” Entonces, si algo acontece todos los días, *por definición* no debe sorprendernos. Un mexicano podrá enfurecerse y ofenderse con la corrupción oficial, pero no le coge desprevenido. La conoce y la lubrica. No es imprevisto, raro, o incomprensible, sino el pan burocrático de cada día.

Cuando la unidad ya no es el día sino la generación, empero, puede obrarse cada vez lo mismo y coger siempre a la

* Se refiere a los grecomacedonios que buscaban exterminar al pueblo judío.

gente desprevenida. ¿Por qué? Porque la ‘memoria colectiva’ no reside entera en cada individuo. Una persona tiene en la mente lo que aprende y nada más. Si no estudia historia, no sabrá demasiado sobre las generaciones anteriores. Y casi nadie estudia historia (incluso la mayoría de la ‘gente educada’). Entonces, en cada generación, cosas que suceden *cada generación* nos cogen desprevenidos. Nos sorprenden, nos asombran. Una persona aprende; un pueblo no.

Sucede, pues, en cada generación, que importantes líderes de la comunidad judía se alían con los ataques, a menudo terroristas, que invariablemente se lanzan contra su pueblo. No obstante dicha repetición, lo relatado en el capítulo anterior será, para casi cualquier judío, asombroso—sorprendente—. Semejante ignorancia desarma a los judíos, pues evitar la catástrofe requiere percibir a tiempo el problema. Por eso es importante, como mínimo, dejar esto bien claro: lo documentado en el ‘Caso Kastner’ (CAPÍTULO 21), si bien inaceptable—si bien horroroso, impensable—, *fue normal*. Y es importante difundirlo, pues “Quienes no recuerdan su historia,” dice Jorge Santayana, “están condenados a repetirla.” Para no repetir una gran matanza de judíos—y un colapso de Occidente—hay que entender el tema de las traiciones.

Pero lo que afirmo, lo reconozco, es extraordinario. Y los científicos a menudo decimos, y con harta razón, que “las aseveraciones extraordinarias precisan de evidencia extraordinaria.” Para cumplir, cubriré a grandes rasgos 2500 años de historia, demostrando así la arrolladora contundencia y consistencia de las traiciones que ha sufrido el pueblo judío.

Al ir repasando esta evidencia, será bueno tener un modelo teórico que nos oriente, pues semejante fenómeno

reclama una explicación sociológica. Así pues, comenzaré por esbozar un doble modelo, partido en ‘inocencia’ y ‘traición,’ que nos permita explicar, a grandes rasgos, lo sucedido.

Un modelo de la inocencia

Si una persona enferma y muere la responsabilidad yace con el patógeno, pero también con la respuesta insuficiente del sistema inmune. Igualmente, el éxito de un ataque antijudío no depende solamente de la movilización antisemita, sino también del grosor de la coraza defensiva judía. Ésa es delgada cuando los judíos no pueden sospechar que el enemigo pudiera corromper a sus líderes.

¿Pero por qué tanta ceguera? A todos, cierto, nos falla la memoria histórica, pero los gentiles por lo menos evalúan a sus líderes con mayor cinismo. ¿Qué explica la ingenuidad *sui generis* de los judíos?

Pudiera ser un efecto secundario, psicológico, de casar la identidad cultural con la ética: se vuelve difícil pensar mal (‘se imagina el león que otros son de su condición’). Resultará incómodo, para una persona ética, desconfiar demasiado de la calidad moral de otros, y sobre todo de otros judíos. Y si uno vive la ética en comunidad, supondrá a los líderes comunitarios moralmente superiores a los de otros pueblos. *La ética produce inocencia*. Ya lo sabemos: es más fácil ‘verle la cara’ a la gente buena. De ahí el problema eterno de los movimientos éticos: ¿cómo hacer buenos a los hombres, pero no demasiado inocentes, para que no sean presa fácil de la gente malvada y violenta?

La inocencia judía tiene otros matices, y otras causas también. El anhelo más patético del pueblo judío, un apego intenso, es llevar una vida ‘normal.’ Cualquier apego, explican los budistas, distorsiona la percepción de la realidad, y éste, un profundo aferramiento, construye un mundo imaginario donde los peligros han desaparecido y puede relajarse la vigilancia. (Así, el ‘¡Nunca Jamás!’ inaugurado como advertencia, acaba en artículo de fe.) Sostener la ilusión de seguridad impone un ejercicio mental: percibir a los líderes comunitarios—sea cual sea la evidencia—como bien intencionados. Pues la alternativa, la idea de una traición, es impensable.

Un modelo de la traición

La Ley de Moisés es la fuente perpetua, en Occidente, de todos los principios de paz, libertad, igualdad, y fraternidad que protegen los derechos de las clases trabajadoras, de toda la gente pobre y relativamente débil que los abusos de poder vulneran. El pueblo judío, organizado alrededor de esta constitución para transmitirla de generación en generación, es un faro que en cada generación promete iluminar al resto del mundo. Pero esa promesa, para quien busca oprimir, es una amenaza, y por eso las aristocracias gentiles a lo largo del tiempo han temido que el sesgo a favor de los pobres en la ley mosaica pueda inspirar un fervor revolucionario, desestabilizando el sistema que beneficia a los opresores. En aras de preservar su sistema, las aristocracias gentiles han lanzado ataques espeluznantes contra la Ley de Moisés y sus vehículos, buscando expulsar, convertir, subyugar, o asesinar a los judíos. Para ello, luego de envenenar sus mentes con propaganda antisemita, las aristocracias reclutan a los mismos

trabajadores que la Ley hubiese liberado. Ésta es la historia política de Occidente (INTRODUCCIÓN).

¿Cómo tenderán a percibir la Ley de Moisés los judíos más acomodados?

El sociólogo Oscar Lewis (autor de un estudio clásico, *Los Hijos de Sánchez*, sobre la pobreza urbana en México) arguye que existe una ‘cultura de la pobreza’: la condición económica genera similitudes entre los pobres de distintos pueblos. Podemos decir, igualmente, que hay una ‘cultura de la riqueza’: las clases medias y altas de cualquier sociedad desarrollan rasgos similares, y resulta una atracción mutua anclada en esa cultura socioeconómica y el lenguaje común de interés que implica.

Lo que tienen en común los ricos de distintas sociedades a menudo es obvio. Pero hay similitudes profundas, también, que escapan un examen superficial. El psicólogo cultural y cognitivo Jonathan Haidt demostró, por ejemplo, que hay una similitud dramática en el razonamiento de las clases altas de distintas sociedades occidentales, y una diferencia marcada, cualitativa, con el de sus respectivos compatriotas en las clases bajas. En las clases bajas occidentales, violar una convención social es interpretado—por sí solo—como una falla *moral*, mientras que en las clases altas, para interpretar una violación social como falla moral, se requiere que dañe a otra persona.¹ A este ejemplo podríamos añadir muchos otros.

Los aristócratas judíos no están exentos del fenómeno. Como en todos lados, terminan pareciéndose más a los ricos de las sociedades vecinas que a sus correligionarios de las clases bajas. Y sienten una afinidad especial por sus contrapartes

socioeconómicos. Pero aquí se añaden otros efectos. Algunos judíos acomodados, por lo menos, envidiarán que los aristócratas gentiles estén libres de la Ley de Moisés, elaborada para defender a las clases bajas. Además, resentirán ser forzados a compartir, con las clases bajas judías, el oprobio de la propaganda antisemita, del cual se imaginan por derecho exentos, precisamente por haber asimilado lo que sus acomodados vecinos gentiles consideran refinamiento y cultura.

La estabilidad de estas percepciones a través del tiempo es tan sólida como los procesos 1) que generan clases altas y bajas; 2) que reproducen la Ley de Moisés de generación en generación; y 3) que motivan a las clases gobernantes gentiles a diseminar propaganda antisemita. La consecuencia es una tendencia que aleja a las clases gobernantes judías del judaísmo y las acerca a las clases gobernantes extranjeras, generando un flujo de salida en la apostasía y la asimilación. Pero antes de salir por completo, en su papel de ‘líderes,’ los judíos acomodados pueden hacer mucho daño.

Muchos judíos de las clases altas sentirán que la Ley de Moisés a ellos no les conviene tanto, y no se inclinarán a defenderla con la misma pasión que los pobres—y mucho menos a defenderla con sus vidas de un ataque genocida—. Si bien cualquier aristocracia podrá sentirse invitada a traicionar los intereses de sus clases bajas, aquí se añade la oportunidad de salvar el pellejo. El día que una defensa patriota se vuelva peligrosa y se ofrezca a los judíos acomodados—los ‘líderes comunitarios’—una salida a cambio de colaboración, no faltarán voluntarios. Ese día siempre llega.

Los ataques son tan violentos que las traiciones pudieran antojarse como producto de una falla en el judaísmo como ideología. En mi opinión el problema es simplemente que la clase gobernante judía, en su conjunto, no es superior a las clases gobernantes de otros pueblos, mientras que las presiones a las que deben responder son típicamente mucho mayores. El liderazgo cristiano, encarado con un enemigo exitoso que esclaviza y extermina *cristianos*, ha producido traiciones similares. Por ejemplo, ahí están “los fenariotes, griegos adinerados que se establecieron en Constantinopla y trabajaron mano en mano con los turcos,” cuya conquista de los Balcanes fue un proceso de exterminio y esclavización *de cristianos*. Estos fenariotes, cristianos pudientes, tomaron control del Patriarcado ortodoxo y lo convirtieron en una herramienta de colaboración con la ocupación musulmana.² Es similar, como veremos aquí, a lo que hizo la clase sacerdotal judía bajo ocupación romana en el siglo 1.

En los capítulos que siguen veremos importantes traiciones antiguas, medievales, renacentistas, y modernas contra los judíos. Al final, cuando nos encontremos nuevamente con Rudolf Kastner y sus cofrades (CAPÍTULOS 21 y 30), veremos que no representan un caso aparte sino que—escandalosamente—son ejemplos de un patrón antropológico muy estable. Si bien espero que el repaso ayude a curar a los judíos de su inocencia, habrá beneficios también para los gentiles: aquí podrán ver cuán difíciles las metas del judaísmo, y cuán heroico el papel histórico del pueblo judío.

Empecemos, pues, nuestro recorrido de 2,500 años.

Un fulcro histórico: el Imperio Persa

Medio milenio antes de la Era Común, Nabucodonosor, gobernante de la gran ciudad mesopotámica de Babilonia, azotó la tierra de Judá y destruyó el Templo en Jerusalén (desde entonces conocido como el ‘Primer Templo’). Este evento marca el comienzo del famoso ‘exilio babilónico,’ cuando un grupo de sobrevivientes israelitas, miembros de la clase gobernante, fue llevado cautivo a Babilonia por el conquistador. Medio siglo después muchos de ellos, y su prole, regresaron a repoblar Judá y construir el Segundo Templo.

En mi opinión es imposible exagerar la importancia de aquel exilio babilónico, pues la población que regresó a Jerusalén era insondablemente distinta de la que se llevó Nabucodonosor. Los retornados eran pioneros de una nueva ideología, una que habría de tener un enorme impacto en la historia mundial. Y si bien los exiliados no han recibido su merecido crédito de los historiadores, todos reconocen que aquí hubo algo dramático.

La religión, sociedad, y cultura de los reinos pre exílicos de Judá e Israel difieren en muchas cosas importantes de los del período después de la destrucción del [Primer] Templo en 587 [AEC]. Las prácticas, ideas, e instituciones que fueron elaboradas durante el período del Segundo Templo formaron y forman todavía la base de la religión conocida como el ‘judaísmo.’—Cohen (1987:20-21)

Son tantas las diferencias entre los que salieron y los que regresaron que el historiador Shaye Cohen llama “religión israelita” al culto que había antes del exilio, para no confundirlo con el conjunto de creencias y prácticas que

dominaron luego del retorno a Judá, lo que llama *el judaísmo* (‘propiamente dicho’). No está sólo. La percepción de una profunda diferencia es la razón de que se hable tradicionalmente de la era ‘pre exílica’ y ‘post exílica,’ o de las comunidades del Primer Templo y del Segundo Templo. El pivote de hecho es análogo al umbral cristianocéntrico que divide la historia de los pueblos clásicos en ‘antes de Cristo’ (AC) y ‘después de Cristo’ (DC).

En el caso judío también podemos decir AC y DC: ‘antes de Ciro’ y ‘después de Ciro.’

Ciro el Grande, singular fenómeno histórico, parece surgir de un cuento de hadas. Comienza su carrera política como rey de los persas y la termina como el ‘rey de reyes’ del gran Imperio Aqueménide, el más grande que se había visto, soberano de todo Asia Occidental (desde lo que hoy es Pakistán hasta un pedazo de Europa). Se distinguió por compasión y justicia: liberó a pueblos oprimidos por reyes abusivos, reconstruyó las casas de los pobres, repatrió tesoros religiosos robados, garantizó respeto a leyes y costumbres locales, y protegió tolerancia religiosa y libertad económica.* Luego de conquistar Babilonia publicó una declaración—

* Documentos antiguos que atestiguan la compasión y justicia de Ciro son, por ejemplo, la Crónica de Nabónido (Pritchard 1950:305), el Cilindro de Ciro (*ibid.* p.316), las *Historias* de Herodoto, y la *Ciropaedia* de Jenofonte.

preservada en el famoso Cilindro de Ciro—que algunos llaman la primera declaración de derechos humanos.[†]

Fue con el subsidio económico y apoyo moral y político de este ‘rey de reyes’ persa, gran admirador de la Ley de Moisés, que los exiliados judíos regresaron a Judá y erigieron el Segundo Templo. Con toda seguridad la religión de Ciro, como la de sus sucesores en el trono aqueménide, fue el zoroastrianismo, un sistema ético parecido en muchos detalles al judaísmo (incluyendo el monoteísmo). Esas similitudes no carecen de cierto interés siendo que la transformación de los israelitas coincide con el arribo de Ciro, llamado ‘Mesías’ por el profeta Isaías, artífice del mesianismo judío.[‡] Los sucesores de Ciro favorecieron también el crecimiento del movimiento judío dentro del imperio. “Bajo el gobierno benévolo de los persas, quienes no reciben más que encomios en los textos hebreos, los judíos comenzaron a recuperarse y florecer.”³

Ezra y Nehemías contra los nobles judíos

Fue bajo el emperador Artajerjes, sobre todo, que el judaísmo floreció como un gran movimiento proselitista de masa. Los encargados directos de establecer ese movimiento fueron Ezra y Nehemías, ambos enviados por Artajerjes y actuando con la autoridad de aquel ‘rey de reyes’ para fungir como líderes de la

[†] Es un documento dramático, y sin duda Ciro fue especial, pero debo apuntar que la protección real hacia los derechos de las clases bajas era una antigua tradición mesopotámica.

[‡] *Isaías* (45.1-8)

comunidad en Jerusalén.* Pero a pesar del favor real, no fue fácil el arranque.

La población en Judá que vio regresar a los exiliados de hecho no consentía en seguir la Ley de Moisés (la Torá o Pentateuco: *Genesis, Éxodo, Levítico, Números, y Deuteronomio*), pues no la reconocían como propia. Hicieron falta muchos años para establecerla. Los libros de *Ezra* y *Nehemías* narran la lucha de sus protagonistas—gigantes de la historia—por conseguir aquella victoria, logrando al fin que todos los israelitas, en comunidad, se comprometieran de forma dramática y pública a poner en práctica la Torá como constitución. Es una historia fascinante pero aquí nos limitaremos al siguiente punto: *fue especialmente difícil lograr la cooperación de los nobles judíos*, quienes se habían aliado con los nobles no judíos de la región en oposición a la Torá.

El *Libro de Ezra*—en sí una serie de copias de documentos burocráticos del Imperio Persa, algunos en el arameo original (el idioma oficial del imperio)—reproduce una carta oficial que Artajerjes le entregara al sacerdote Ezra para especificar sus poderes al enviarlo a ocuparse de Jerusalén.

“Y tú, Ezra, de acuerdo a la sabiduría que tienes, y que viene de Dios, escoge a los magistrados y a los jueces para que juzguen al pueblo que conoce las

* En mi opinión fue Artajerjes II—y no, como piensan muchos estudiosos, Artajerjes I—quien enviara a Ezra y Nehemías. Pero en este libro no podemos distraernos con la demostración, y de cualquier manera esto no afecta los argumentos que aquí presentamos.

leyes de tu Dios en la Provincia al Oeste del Río[†]; y les enseñarás a quienes no las conozcan. Todo el que desobedezca la ley de Dios y la ley del rey, que se le enjuicie estrictamente, ya sea condena de muerte, exilio, o confiscación de sus bienes, o encarcelamiento.”—*Ezra* (7.21-26)

Artajerjes convertía a Jerusalén en una segunda capital de la Provincia al Oeste del Río, y todo converso al judaísmo caería bajo su autoridad, respaldada por el emperador. Eso no podía agradar demasiado a las clases terratenientes y militares de la provincia, pues el judaísmo estaba diseñado para proteger a los pobres que aquellos tenían la costumbre de oprimir. Los nobles de la región se movilaron contra el nuevo movimiento, poniendo a los judíos—que eran muy pocos—en una posición vulnerable.[‡] Uno de los principales actores aquí era Tobías el Amonita, “probablemente el gobernador de la provincia de Amón,” al Este.⁴ Tobías logró reclutar a muchos nobles de Judá, y algunos de ellos fungían como sus espías.[§]

Más de un noble judío querían beneficiarse oprimiendo a las clases trabajadoras como hacían los nobles de las sociedades vecinas. Artajerjes envió a Jerusalén al judío Nehemías, uno de sus altos funcionarios, con la misión de solucionar el problema. Nehemías relata en sus memorias:

Ahora hubo una gran queja del pueblo contra sus hermanos [los nobles] judíos. Pues algunos dijeron..., “Hemos tenido que tomar dinero prestado

[†] Era la Provincia al Oeste del Río *Éufrates*.

[‡] *Nehemías* (2.2-10, 19-20, 4.1-9, 4.14-20, 6.1-7)

[§] *ibid.* (6.15-19)

contra nuestras tierras y viñedos para pagar el impuesto del rey. Nuestra carne es como la de nuestros hermanos [los nobles]; nuestros hijos son igual que sus hijos; y sin embargo estamos forzando a nuestros hijos e hijas a la esclavitud, y algunas de nuestras hijas han sido violadas; no tenemos poder, y nuestras tierras y viñedos le pertenecen ahora a otros.”

Me enfurecí cuando oí estas quejas. Después de pensarlo, denuncié a los nobles y a los oficiales; les dije, “Están cobrándole interés a su propia gente.” Y convoqué una gran asamblea para tratar el asunto, y les dije, “Hasta donde pudimos, hemos comprado la libertad de nuestros hermanos judíos que habían sido vendidos a otros pueblos [durante el ataque de Nabucodonozor]; ¡pero ahora ustedes están vendiendo a sus propios hermanos, cuya libertad deberá ser comprada nuevamente por nosotros!” Callaron, y no encontraban que decir. Así que les dije, “Lo que están haciendo no está bien. ¿No es correcto que caminen temiendo a Dios, para que no puedan burlarse de nosotros las naciones [los extranjeros, los pueblos vecinos], nuestros enemigos? Además, mis hermanos y yo, y mis sirvientes, estamos teniendo que prestarles dinero y grano. Dejemos de pedir interés. Devuélvanles, este mismo día, sus tierras, sus viñedos, sus hortalizas de olivos, y sus casas, y el interés sobre el dinero, el grano, el vino, y el aceite que les han estado exigiendo.” Entonces ellos [los nobles] dijeron, “Restauraremos todo y no pediremos ya nada de ellos. Haremos como dices.” Y llamé a los

sacerdotes, y les exigí un juramento que harían como prometían.—*Nehemías* (5.1-12)

Nótese el argumento de los pobres: “nuestra carne es igual que la de nuestros hermanos [los nobles].” Quizá ellos tengan más dinero, pero eso no les da más derecho—somos iguales—. Esta ideología era menos atractiva para quienes preferían abusar de los pobres. Y los abusos no eran triviales: violaciones a las mujeres y esclavitud. La labor de Ezra y Nehemías, tan importante, fue la de forjar una difícil solidaridad entre las clases altas y bajas, para darle así estabilidad al movimiento ético, pues sin el compromiso de las clases adineradas con la justicia social el experimento no tendría éxito. Luego de resolver las disputas, hubo una campaña de educación masiva para que todo mundo entendiera la Ley de Moisés, hecho lo cual el pueblo entero se comprometió de forma dramática y pública a seguir esta constitución.*

Nehemías regresó donde el soberano persa. Pero no terminaron los problemas en Jerusalén; luego de unos años tuvo que regresar a restaurar nuevamente el orden de la Ley de Moisés.† Con este segundo esfuerzo se estabilizó finalmente el cumplimiento de la Ley, y de aquí en adelante, bajo protección de los reyes persas, el judaísmo floreció y creció mucho por conversión, produciendo grandes comunidades judías en Judá y zonas aledañas, en Babilonia, en Media, y también en Egipto—por todo el Imperio Persa—.

* *ibid.* (8.1-12)

† *ibid.* (13.6-30)

Para los judíos fue una era dorada que terminó en 330 AEC, cuando Alejandro el Macedonio puso fin al Imperio Persa, inaugurando el periodo ‘helenístico’ en todo Asia occidental.

Paréntesis: ¿Cómo entender a los griegos?

Los occidentales tenemos una percepción bastante negativa de los antiguos persas porque hasta hoy día somos instruidos con una representación culturocéntrica que se remonta a la era clásica. El ejemplo más vistoso y reciente es la película *300*, donde los persas—aprovechando los efectos especiales—son simples monstruos. Desde que ingresamos a la escuela se nos pide celebrar la resistencia de ‘nuestros antepasados’ griegos al gran Imperio Persa y nos convencen de que esos virtuosos griegos lucharon por la ‘libertad’ occidental contra el ‘despotismo’ asiático. Luego nos organizan otra porra a favor de Alejandro y los imperios grecomacedonios para celebrar que el Imperio Persa fuera destruido y la cultura helénica exportada a todo Asia occidental.

Es una *inversión orwelliana*.

Como repasamos arriba, los persas subsidiaban y promovían un sistema político-religioso—el judaísmo—centrado en una Ley diseñada para abolir la esclavitud y anclado en la memoria cultural de una exitosa revuelta de esclavos contra un gobernante despótico. Los persas asistían este movimiento porque encajaba perfectamente con su propia filosofía: la obligación de proteger a las clases bajas.

“Los persas,” confiesa casi avergonzado el historiador Andrew Robert Burn, “merecen un trato más favorable del

que a menudo reciben desde nuestra perspectiva, inevitable y correctamente pro helénica.”⁵ ¿*Inevitable y correctamente*? Burn escribe lo anterior en un libro intitulado *Persia y los Griegos* con el revelador subtítulo *La Defensa de Occidente*. Si bien Burn reconoce (con cierta incomodidad) la injusticia del sesgo educativo occidental, es obvio que sigue presa de la inversión orwelliana.

Pero si los persas eran el preciso opuesto de déspotas, ¿por qué entonces nuestros historiadores (y nuestras películas) nos dicen que los griegos defendieron la ‘libertad’ contra el ‘despotismo’? Como cualquier inversión orwelliana, en el fondo se trata de una inversión de significados. El problema es en primer lugar *semántico*.

La palabra ‘déspota’ es originalmente griega y fue utilizada primero por los griegos clásicos, pero hoy en día hablamos castellano: una lengua *moderna* que usamos para describir nuestro mundo *moderno*. Para nosotros ‘déspota’ quiere decir ‘opresor de la gente común.’ Para los aristócratas del mundo clásico, ‘déspota,’ aunque suene igual y se escriba igual, tenía un significado enteramente distinto. ¿Cuál?

Los aristócratas helénicos decidieron que no les gustaba la idea de un *rey*, pues cuando había rey todos los aristócratas perdían poder (excepto por el rey). La oposición aristocrática al poder monárquico se tornó una ideología tan influyente que se inventaron mecanismos políticos para evitar la producción de dinastías y asegurar que el poder se compartiese entre todos los aristócratas. La palabra ‘déspota’ tenía connotaciones muy negativas porque se aplicaba al aristócrata que intentaba arrogarse prerrogativas reales a expensas de otros de su clase. El ‘déspota’ clásico es el que priva a *otros aristócratas* de su

voz en los asuntos de gobierno. Nada tiene que ver con el trato a la gente común.

Entonces, en la percepción de los aristócratas griegos, la aristocracia persa—con la cual se comparaban—había sido subyugada por un ‘déspota,’ el emperador aqueménide, mientras que ellos, los aristócratas griegos, vivían en ‘libertad,’ en sistemas políticos que llamaban *oligarquía* o *democracia*. He aquí el segundo problema semántico.

En el castellano moderno ‘democracia’ quiere decir un sistema constitucional y parlamentario en el que todos, en principio, somos ciudadanos y gozamos de protecciones legales y derecho a voto. Por eso cuando nuestros maestros nos dicen (una y otra vez) que los griegos inventaron la ‘democracia,’ nos los imaginamos adelante de su tiempo, inventores de la libertad política. Pero si bien el vocablo ‘democracia’ fue usado también primero por los griegos, en tiempos clásicos tenía un significado muy distinto. Para los aristócratas griegos la democracia era un mecanismo político para impedir que alguno de ellos se convirtiera en rey y procediera a reducir el poder de los demás aristócratas.

La idea nace con Solón, en Atenas, quien consideró prudente extender el voto a la pequeña clase mercenaria para que sintiera que participaba en el gobierno. Eso evitó una sublevación.⁶ Pero el poder político de los soldados comunes era sobre todo una farsa. Como explica el historiador Paul Cartledge, “en la Grecia antigua, el poder político y el privilegio connotaban la posesión hereditaria de considerables tierras”—quienes realmente decidían eran los aristócratas terratenientes—.⁷ En todo caso, el estimado más favorable del loado *demos* ateniense—que incluía *todos* los votantes en la

‘democracia más radical’ de la Grecia antigua—es del 12% de la población.⁸ O sea que la ‘democracia’ griega no tenía cosa alguna que ver con extender derechos políticos a la mayoría de la gente; de hecho, casi todo mundo era esclavo.

La aristocracia griega, según explica el historiador Vincent Rosivach, prefería esclavizar ‘bárbaros’ pero a menudo esclavizaba también griegos. Los aristócratas latifundistas de una *polis* griega refrescaban su población de esclavos luego de vencer en guerra contra alguna otra ciudad. En ocasiones se esclavizaba a toda la población vencida, pero “cuando una ciudad era capturada... , era normal asesinar a los hombres de edad militar capturados en la ciudad y esclavizar solo a mujeres y niños.”⁹ Esparta era la peor de aquellas sociedades, pues, según el consenso de los historiadores que resume la *Encyclopaedia Britannica*, ahí los esclavos “superaban en número a los espartanos”—es decir, a los ‘hombres libres’—“en razón de siete a uno.”¹⁰

Siete a uno.

Podrá objetarse que esos eran los espartanos, no los griegos en general. Pero las otras *polis* no eran notablemente mejores; Cartledge apunta que la diferencia con otras ciudades-Estado griegas era deslizante y no tajante.¹¹

Consideremos el caso de Atenas, la ‘democracia más radical’ del mundo clásico. En un artículo sobre los atenienses, el historiador M. Finley opina que entre los académicos abundan estimados demasiado bajos del número de esclavos debido al tendencioso sesgo por promover una imagen liberal de aquella ciudad. Él estima que en Atenas había hasta cuatro esclavos por cada hombre libre. La diferencia con Esparta no

es grande. Pero aun prefiriendo a la competencia académica de Finley, el estimado más bajo dice que había un esclavo por cada hombre libre. ¡No son pocos esclavos! Aquellos grandes océanos de esclavos nos ayudan a entender por qué, como explica Finley, “el idioma griego tenía un vocabulario asombrosamente vasto—hasta mi conocimiento, sin paralelo—para los esclavos.”¹²

Y no la pasaban bien. Comenta el historiador Thomas Cahill:

Peor que la tortura y la muerte era convertirse en esclavo de las minas... de Laurión, al sureste de Atenas..., donde los mineros rutinariamente morían de hambre, eran salvajemente golpeados, y, viendo rara vez la luz del día, trabajados a muerte.—Cahill (2003:115)

Pero las cosas eran peores aún. Todas las esposas de los ‘hombres libres’ en la Grecia antigua eran esencialmente esclavas, y también los niños. Los varones de los ‘hombres libres’ eran reclutados por el Estado al entrenamiento militar desde los 7 años en Esparta (en Atenas desde los 11), y no todos sobrevivían el *agoge*, el brutal entrenamiento que los espartanos habían diseñado para filtrar a los fuertes de los débiles. Y los ‘hombres libres’ no eran tal. Se jactaban de ser ‘ciudadanos’ pero entregaban sus vidas a la interminable rutina de guerra helénica para traerle más esclavos (éstos, oficialmente reconocidos como tales) a los latifundistas. Los soldados eran otra categoría de esclavo, pero no lo sabían. En Esparta—como en otras ciudades griegas—no había libertad más que para un puñado de aristócratas en la cima de aquella sociedad. Y fue Esparta, la peor de estas sociedades de

pesadilla, la que derrotó a los persas, supuestamente para defender la ‘libertad.’ ¿La de quién? *La de los aristócratas griegos*, quienes consideraban que vivir bajo la dirección de un gobernante extranjero sería *para ellos* una forma de ‘esclavitud.’

Cuesta trabajo, pero pensar correctamente sobre política implica liberarse de la trampa semántica que pone todo de cabeza. Entonces, obsérvese bien: si alguien en nuestros días creara un Estado en la imagen de una ‘democracia’ griega lo llamaríamos un Estado *fascista*.

Aquí otro problema semántico: los antiguos aristócratas griegos defendían las virtudes de la ‘democracia’ contra los horrores de un ‘tirano.’ Un ‘tirano’ para nosotros los modernos es un gobernante que oprime a la gente común, pero no para los griegos. Para ellos era todo lo contrario. Un ‘tirano’ clásico era una especie de ‘déspota,’ es decir, un gobernante que se establecía como rey para desventaja de otros aristócratas, con el agravante adicional de que *se aliaba con las clases bajas en revolución, y les extendía derechos*.

Un ejemplo es Aristodemo, aristócrata que lanzara una revolución en la ciudad griega de Cumae (ca. 534 AEC) aliado con los soldados, los pobres, e inclusive los esclavos, tras lo cual desmilitarizó la ciudad, redistribuyó tierra, y abolió las escuelas donde los jóvenes nobles aprendían esa ideología de clase que les justificaba oprimir al resto. ¿En tal que ‘tirano,’ era inusual Aristodemo? No. El historiador Andrew Robert Burn observa sobre Aristodemo que “su carrera, narrada en detalle por [el historiador romano] Dionisio, sigue las líneas que se volvieron convencionales para la Historia del Tirano.”¹³ Para los aristócratas griegos, esos rasgos del ‘tirano’ típico eran

malos porque para ellos representaba un horror que alguien deshiciera su sindicato de poder (su ‘democracia’) para favorecer a las clases bajas. Pero para fortuna de esos aristócratas—y la desgracia de las masas en el mundo helénico—los ‘tiranos’ clásicos, incluido Aristodemo, fueron todos derrotados por coaliciones aristocráticas de las ciudades vecinas.

Es revelador que según el testimonio de Herodoto, el gran narrador *griego* de las guerras greco-pérsicas, los persas se aliaban con ‘tiranos’ revolucionarios—*libertadores* de las clases bajas—en las ciudades griegas, y los mismos persas protegieron los gobiernos de estos ‘tiranos’ en todo el espacio que conquistaron. ¿Tiene realmente sentido celebrar a los espartanos por derrotar a los persas?

Ya puede entenderse el problema. Los términos políticos que inventaron los antiguos griegos—‘déspota,’ ‘democracia,’ ‘tirano’—han preservado cada cual sus connotaciones valorativas (la ‘democracia’ es buena, los ‘déspotas’ y ‘tiranos’ son malos) pero sus *significados* se han invertido. Cuando vemos en los textos clásicos (escritos por aristócratas helénicos) una condena de ‘déspotas’ y ‘tiranos’ y un festejo a la ‘democracia,’ nos imaginamos—alentados por los aplausos de nuestros historiadores y profesores—que la ‘civilización helénica’ fue pionera de *nuestros* valores. La realidad es precisamente al revés. Los valores de los antiguos griegos son precursores de Hitler, no de nuestras democracias modernas. Nuestras democracias nada tienen que ver con los antiguos griegos; son consecuencia de la Ilustración Europea, un movimiento lanzado por el pensamiento *hebreo* (CAPÍTULO 8).

Pero es imposible que un público bombardeado siempre con alabanzas a supuestos pioneros de la libertad pueda ver la historia como fue. Quien consulte la *Encyclopedia Britannica* leerá en un artículo que “La antigua Grecia es el lugar donde nació la ética filosófica occidental,”¹⁴ y en otro que “la mayoría de los estudiantes de los derechos humanos trazan su origen a la antigua Grecia y Roma.”¹⁵ Si hubiesen sido enterrados y no quemados, los mineros de Laurión se retorcerían en amargas carcajadas en sus fosas comunes.

Es interesante para un análisis de nuestra cultura estudiar la forma como escriben nuestros expertos. Exhibo como ejemplo un artículo intitulado ‘Agricultura y Esclavitud en la Atenas Clásica,’ donde el historiador Michael Jameson afirma: “la forma más desarrollada de la esclavitud propiamente dicha se encontraba en aquellas sociedades que exhibieron el más grande florecimiento de la libertad individual... Uno casi podría decir que en el mundo antiguo no había verdadera libertad sin verdadera esclavitud.”¹⁶

La libertad es la esclavitud. ¿No nos explicó Orwell que así nos hablarían las clases gobernantes totalitarias?

Los macedonios: alumnos de los griegos

¿Cómo imaginarnos a los macedonios, que tanto buscaban imitar a los griegos? Así: ellos se convirtieron en una fuerza tan devastadora que *horrorizaban a los griegos*.

En la apreciación del historiador Gunther Hölbl, el hombre que en la escuela aprendemos a llamar ‘Alejandro el Grande’ fue “un autócrata fanático.”¹⁷ Se quedó corto.

Alejandro el Macedonio fue un consumado carnicero que quemaba ciudades enteras, en ocasiones asesinaba a todos sus habitantes, y se divertía crucificando (es decir, torturando a muerte) a miles y miles de personas para celebrar sus victorias. En la estela de su conquista, las poblaciones libres que habían florecido bajo la protección benévola del Imperio Persa suministraron ahora multitudes de esclavos en el nuevo imperio grecomacedonio.

Cuando murió Alejandro, sus generales se dividieron su conquista en cuatro partes. Como eran de su calaña, aquellos imperios fueron Estados crueles, militarizados, y esclavizadores que, siguiendo la tradición de las ciudades griegas, se lanzaron mutuamente a la guerra sin descanso. La tierra de Judá pasó a ser primero propiedad del Imperio Ptolemaico, basado en Egipto, cuyos reyes fueron a veces muy represivos contra los judíos.* En la Quinta Guerra Siria de 202-195 AEC, el Imperio Ptolemaico perdió lo que los griegos llamaban Cele-Syria, que incluía Judá, cuando se la arrebató el Imperio Seléucida.¹⁸ Este imperio, también grecomacedonio, correspondía más o menos a lo que había sido el Imperio Persa

* Según Flavio Josefo, el primer Ptolomeo esclavizó a grandes multitudes de judíos (*Antigüedades de los Judios* 12.11-33). También hubo mucha violencia antijudía bajo Ptolomeo Evergetes (Hölbl 2001:12). Bajo Ptolomeo Látiro, que atacó Judá cuando ya era gobernada por los reyes macabeos, la tierra fue asolada, y Látiro inclusive ordenó a sus soldados que asesinaran mujeres y niños y se los comieran para aterrorizar a los sobrevivientes (*Antigüedades de los Judios* 13.345-347).

en Asia, pero con su capital en Siria, cerca del centro de gravedad del mundo helénico.

La represión seléucida contra la Ley de Moisés no se haría esperar demasiado, pues la ley de los esclavos liberados, muy popular en el anterior Imperio Persa que ahora gobernaban en pedazos los grecomacedonios, representaba una amenaza revolucionaria. Un buen día, pues, el Rey Antíoco Epífanes, soberano del Imperio Seléucida, decidió borrar al judaísmo de la faz de la tierra. Aquí siguieron horrores que recuerdan la barbarie nazi y los excesos de la Inquisición, sucedidos entre los años de 175-167 AEC, y narrados para la posteridad en el *Primer y Segundo Libro de los Macabeos*[†]: grandes quemazones de libros hebreos, torturas difíciles de soportar inclusive para quien las lee, y enormes matanzas de judíos. A los judíos que dejó vivir, Antíoco Epífanes los hacía jurar lealtad a sus dioses paganos.

De no ser por la exitosa revuelta de Judas el Macabeo, cuya victoria se celebra cada año en el festival judío de *Janucá*, el movimiento compasivo e igualitario de los judíos habría sido destruido en Judá y sin duda luego también en otras partes. Lo sucedido fue un milagro: los campesinos de Judá, mal armados y sin entrenamiento militar, echaron fuera a los ejércitos más temibles del mundo y crearon un Estado judío independiente.

[†] Por alguna razón los rabinos no canonizaron estos libros y no se incluyen en *Tanak*, la Biblia Hebrea. Es curioso porque los rabinos sí adoptaron el festival de Janucá que se describe por primera vez en esos libros. Los cristianos encontrarán estos libros hebreos en su Biblia Cristiana, incluidos como parte del ‘Viejo Testamento.’

Es una historia emocionante, pero nuestro tema es el comportamiento de la aristocracia judía cuando Antíoco Epífanes atacó al pueblo de Moisés.

La traición

Según el relato de los *Libros de los Macabeos*, los nobles judíos que se aliaron con el ataque griego se habían ido *helenizando*. En el texto los llaman “renegados.” Fueron ellos, de hecho, quienes comenzaron la ofensiva contra el pueblo.

Un tal Simón, luego de perder una disputa con el alto sacerdote Onías (a quien los textos celebran como un hombre patriota y puro), fue a reclutar a las autoridades grecomacedonias prometiéndoles grandes tesoros en el Templo de Jerusalén.* Lo que robaron eran los depósitos de la gente. En aquel entonces muchos templos funcionaban en parte como bancos, y este además redistribuía algo de dinero a la gente necesitada, como son viudas y huérfanos.† El robo fue traumático: “Toda la ciudad se hallaba desmoralizada. Los sacerdotes se postraban ante el altar en sus vestimentas sacerdotales y le pedían al cielo y a Él, dador de la ley sobre los depósitos, que los apartara a salvo para quienes los habían depositado.”‡

Simón no actuaba sólo: tenía muchos aliados en la clase aristocrática judía que ansiaban gozar de la ‘buena vida’ al

estilo griego, oprimiendo a las masas. Uno de los cabecillas era un tal Jasón, a quien los grecomacedonios impusieron como sumo sacerdote. El texto dice que Jasón “destruyó las leyes [judías] e introdujo nuevas costumbres contrarias a la ley. Se complacía estableciendo un *gimnasio* al pie de la ciudadela.” La ciudadela era una pequeña fortaleza donde los grecomacedonios habían puesto una guarnición. El gimnasio a sus pies era un componente integral de la cultura griega: ahí se entrenaba física, militar, e intelectualmente a la clase mercenaria. Jasón, dice el texto, “indujo a los jóvenes más nobles a usar la capucha griega,” y “hubo tal extremo de helenización y adopción de costumbres extranjeras gracias a la maldad insuperable de Jasón.”§

La orientación guerrera de los griegos era ofensiva para los judíos, así como las costumbres helénicas de entrenamiento y competencia física al desnudo y la exaltación de la pederastia y la homosexualidad, todo ello prohibido en la Ley de Moisés. Jasón era “un apóstata como no debe serlo ningún sumo sacerdote,” acusan los *Libros de los Macabeos*, y a consecuencia de su influencia “los sacerdotes ya no hacían sus servicios sobre el altar.”**

Despreciando el santuario y haciendo a un lado los sacrificios, [los sacerdotes] corrían a tomar parte en los procedimientos ilegales de lucha en la arena después de la señal para el lanzamiento de disco, desdeñando los honores de sus antepasados y

* 2 *Macabeos* (3.1-12)

† *ibid.* (3.7-12)

‡ *ibid.* (3.14-15)

§ *ibid.* (4.11-13)

** *ibid.* (4.13-14)

valuando sobre todo las formas de prestigio griego.*

La atracción de la clase sacerdotal judía por la cultura helénica sería permanente, como veremos.

Otro traidor fue Menelao, quien logró intrigar para que los grecomacedonios lo hicieran a él sumo sacerdote, convirtiendo a Jasón en fugitivo. Bajo Menelao, y su hermano Lisímaco, comenzaron las grandes matanzas y torturas cuando una guerra civil entre Jasón y Menelao fue seguida de un gran ataque del Rey Antíoco Epífanes. Cuarenta mil judíos fueron muertos nada más en tres días de combate.† Además, Antíoco Epífanes saqueó el Templo y “dejó gobernadores para que oprimieran al pueblo.” Uno de ellos era el mismo Menelao, y el texto aclara que éste era peor que los gobernantes griegos.‡

Dos años después Antíoco Epífanes lanzó otro ataque, asesinando a mucha gente, saqueando la ciudad, y llevándose a muchos como esclavos. Dejó un grupo de renegados judíos en el poder, acuartelados en la ciudadela.§ Luego siguieron matanzas de hombres, mujeres, y niños, destrucción de libros sagrados, torturas a muerte para quienes se rehusaran a negar a Dios, o para quienes osaran circuncidar a sus hijos, etc.—un inimaginable horror tras otro—.** A continuación cito el

resumen que hizo luego Flavio Josefo, en el siglo primero, de lo sucedido:

Cuando Antíoco Epífanes hubo saqueado la ciudad entera, asesinó a algunos de los habitantes, y a otros se los llevó prisioneros, y la multitud de quienes fueron tomados vivos ascendía a los diez mil. Quemó los más preciados edificios; y cuando hubo tirado las murallas de la ciudad, se construyó una ciudadela... sobrevolando el Templo...y acuarteló ahí a unos macedonios. Pero en esa ciudadela vivía la porción impía y malvada de la multitud [es decir, los traidores judíos] quienes hicieron sufrir muchas y grandes calamidades a los ciudadanos. Y cuando el rey [Antíoco Epífanes] hubo construido un ídolo sobre el altar de Dios, sacrificó un cerdo sobre de él, y así ofreció un sacrificio contrario a la ley y al culto judío de ese país. Forzó a la gente a abandonar el culto a su propio Dios y a adorar a quienes suponía dioses; y les hizo templos, y levantó ídolos en toda ciudad y pueblo, sacrificando cerdos a diario. Ordenó que no circuncidaran a sus hijos y amenazó con castigar a quien ofendiera contra esta ley. Nombró capataces sobre la gente para que la forzaran a cumplir con todo lo que ordenaba. Y es verdad que muchos judíos cumplieron, voluntariamente o por miedo a los castigos que había prometido. Pero los mejores hombres, de alma más noble, no hicieron caso, y respetaron más las costumbres de su país que el castigo que amenazaba para los desobedientes; y por esto fueron sometidos a tremendas miserias y tormentos; pues fueron azotados con palos y sus cuerpos fueron despedazados, y crucificados, vivos

* *ibid.* (4.14-15)

† *ibid.* (5.11-14)

‡ *ibid.* (5.15-23)

§ *1 Macabeos* (1.29-30)

** *1 Macabeos* (1.51-61); *2 Macabeos* (6.1-11)

todavía, y respirando. También ahorcaron a las mujeres y a sus hijos que habían circuncidado, como había ordenado el rey. Y si hallaban cualquier libro sagrado de la ley, era destruido, y quienes lo tenían eran asesinados miserablemente también.*

Es obvio que aquellos líderes judíos aliados con el ataque genocida de los grecomacedonios no fueron inferiores, en tal que traidores, a Rudolf Kastner.

Los macabeos

En lo que solo puede llamarse un milagro militar, Judas el Macabeo y sus hermanos demostraron que cuando los judíos deciden pelear son los mejores guerreros. Al frente de campesinos mal entrenados y mal armados lograron derrotar a los grecomacedonios—los soldados más temibles del mundo— y a sus aliados en la aristocracia judía. Triunfantes, establecieron el Estado macabeo o hasmóneo.

El Estado macabeo desarrolló una política exterior muy activa, alentando la lealtad de los judíos en todo el mundo hacía Jerusalén. En el siglo 1 llegaban todavía, de todos lados, grandes oleadas de peregrinos a la Ciudad Santa, como lo atestiguan los textos del Nuevo Testamento: “Partos, Medos, Elamitas, y residentes de Mesopotamia, Judea, y Capadocia, Ponto, y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y aquellas partes de Libia que le pertenecían a Cirene, y visitantes de Roma, tanto judíos como conversos, cretenses y árabes.”† Es una lista

* *Antigüedades de los Judíos* (12.248-56)

† *Hechos de los Apóstoles* (2.5-11)

parcial. “Se considera que [los judíos] ya estaban en todas partes del mundo conocido para el siglo primero [EC].”¹⁹ El Estado macabeo logró establecer su influencia entre los judíos de toda esta diáspora.

Las implicaciones de esto para la geopolítica mediterránea eran profundas.

Solomon Zeitlin, basándose en el Rabino José, un historiador del siglo segundo EC, explica que había cortes ordinarias y una especie de ‘Suprema Corte’ que “aprobaba leyes afectando no nada más las vidas de los judíos en Judea sino de todo el mundo.”²⁰ Los reyes macabeos también recibían un impuesto de los judíos en todas partes, ostensiblemente para la manutención del Templo en Jerusalén. Esta “lealtad mutua entre los judíos palestinos y de la diáspora,” como apunta el historiador Shaye Cohen, “tenía implicaciones políticas,” y éstas no escaparon la atención de los egipcios. Por citar nada más un ejemplo, “dos generales judíos de la reina de Egipto se rehusaron a liderar su ejército contra el gobernante macabeo [en Jerusalén], porque, le dijeron, sería impío luchar contra sus correligionarios. Además, le advirtieron que los judíos de Egipto [una enorme población] quizá se rebelarían si la reina atacaba su patria.”²¹

Multitudes de paganos se convirtieron al judaísmo precisamente en este período, respondiendo a los esfuerzos misionarios del movimiento farisaico o rabínico. La ley de los esclavos liberados se propagaba a gran velocidad, produciendo una transformación ideológica y preparando la revolución universal (INTRODUCCIÓN).

Los ‘partidos’ de los judíos

Según el antiguo historiador Flavio Josefo, en los dos siglos que a caballo encuadran el nacimiento de Jesús el Nazareno, los tres principales grupos en el calidoscopio intensamente sectario y hasta centrífugo que era el judaísmo de aquel entonces eran los movimientos esenio, farisaico, y saduceo. Me enfocaré sobre todo en sus diferencias políticas y sociales.

El movimiento esenio tenía hartos dejos de fanatismo ascético, como la renuncia al matrimonio (aunque había una subsecta esenia que lo defendía), la renuncia a la propiedad para vivir en economía comunista, y la renuncia a la sociedad de quienes no fueran miembros del movimiento. Si bien los esenios exhortaban a cualquier miembro que obtuviera una posición de autoridad a ejercerla con justicia, de cierta forma renunciaban a la política pues defendían una postura quietista que denunciaba cualquier protesta contra las autoridades. Como es el caso de otros movimientos en esta tradición que insisten en la ‘pureza,’ había un compromiso fuerte con la ética y la compasión no solo entre ellos sino hacia otros que estuvieran en una posición vulnerable.*

En el otro extremo estaban los saduceos, una secta muy popular en las clases gobernantes, incluida la clase sacerdotal. “El comportamiento de los saduceos,” dice Flavio Josefo, “es hasta cierto punto salvaje, y su conversación con miembros de su movimiento es tan bárbara que pareciera una conversación entre extraños.” Los saduceos rechazaban toda noción de castigos de ultratumba por mal comportamiento y ni siquiera

* *La Guerra Judía* (2.8.2-13)

creían en la vida eterna.[†] No es en absoluto coincidencia que “los saduceos, cuyas nociones son muy contrarias a las de los fariseos,” se opusieran a las leyes de estos últimos.[‡] Pues los saduceos, como en general la clase gobernante, se dejaban influenciar por las ideas y costumbres de los griegos.

Los fariseos o rabinos—líderes del movimiento más grande, mismo que sobrevivió—ocupaban una posición moderada en el centro. No huían de la política sino buscaban darle forma elaborando una jurisprudencia basada en la Torá y asistida de los precedentes sentados en los juicios que presidían como abogados y jueces. “Los fariseos,” dice Josefo, “le han entregado al pueblo muchísimas leyes, heredades sucesivamente de sus padres, que no están escritas en las leyes de Moisés.”[§] Ésta es la ‘Torá Oral’ que tanto denunciaban los saduceos y que después se codificaría de forma escrita finalmente en el Talmud.

La orientación legalista de los fariseos los convirtió en grandes racionalistas. Josefo comenta que “los fariseos son admirados por ser quienes con mayor habilidad y exactitud explican sus leyes.”^{**} Aunque nunca buscaron abolir la propiedad privada, eran férreos defensores de las clases bajas, mismas que sus leyes estaban diseñadas para proteger. Tenían, dice Josefo, “un gran poder sobre la multitud, y cuando dicen cualquier cosa contra el rey, o contra el sumo sacerdote, la

[†] *ibid.* (2.8.14)

[‡] *Antigüedades de los Judíos* (13.10.6)

[§] *ibid.* (13.10.5)

^{**} *La Guerra Judía* (2.8.14)

gente lo cree.”* Al igual que los esenios, su orientación era la ética y la compasión, y creían en las recompensas y castigos de ultratumba acordes con el comportamiento en la vida terrena. Contrastando a los fariseos con los saduceos, Josefo dice que “los fariseos son amables unos con otros, y defienden la concordia y la consideración hacia el público.”†

Nuevas traiciones

Judas el Macabeo y sus hermanos habían gobernado con el consentimiento y aprobación del pueblo judío, lo cual naturalmente quiere decir *aliados con los fariseos*. Pero luego de la muerte del último de los hermanos, Simón, las cosas comenzaron a desbaratarse. Aunque Juan Hircano, hijo de Simón, gobernara en un principio también aliado con los fariseos, Josefo escribe que su amigo Jonatán, un saduceo, intrigó para enemistarlo con ellos. En consecuencia Juan Hircano “abandonó el partido de los fariseos, abolió los decretos que ellos habían impuesto sobre el pueblo, y castigó a quien los observara. De aquí surgió el odio que él y sus hijos recibirían de la multitud.”‡

Me parece poco probable que una simple intriga tuviera consecuencias políticas tan profundas, y me atrevo a especular que Hircano simplemente optaba, en contra del marco legal farisaico que defendía a las clases bajas, por el helenismo represivo que tanto gustaba a los saduceos. Puedo apoyarme en

que, según Josefo, a su hijo y heredero Aristóbulo “lo llamaban amante de los griegos.”§ Con toda seguridad el padre lo era también.

Aristóbulo murió luego de gobernar un año, pero ese tiempo le bastó para asesinar a su hermano Antígono y a su madre, y para encarcelar al resto de sus hermanos. Cuando murió, Salomé su esposa (“llamada Alejandra por los griegos”) dejó en libertad a los hermanos y puso a uno de ellos, Alejandro Janeo, de rey. Se convirtió en su reina. ** Alejandro Janeo continuó la política pro helenística y anti farisaica y utilizó contra el pueblo a sus mercenarios griegos, ganándose el odio de los judíos.

Josefo relata que este rey fue atacado “por la nación” con frutas cuando se alzó sobre el altar para oficiar un sacrificio durante un festival. Su respuesta fue una masacre de seis mil judíos. Después de sufrir debacles militares contra los extranjeros, Alejandro Janeo volvió a enfrentarse con su pueblo, “y asesinó a no menos de cincuenta mil de ellos.”†† Esto fue seguido de nuevas debacles militares contra los extranjeros, y después otro enfrentamiento con el pueblo judío y sus líderes farisaicos. Los judíos “fueron asesinados en grandes cantidades en varias batallas.” Luego de traerse cautivos a muchos rebeldes a Jerusalén, el rey “les hizo una de las cosas más bárbaras; pues mientras festejaba con sus concubinas, a los ojos de toda la ciudad, ordenó que unos

* *Antigüedades de los Judíos* (13.10.5)

† *La Guerra Judía* (2.8.14)

‡ *Antigüedades de los Judíos* (13.10.5)

§ *ibid.* (13.11.3)

** *ibid.* (13.12.1)

†† *ibid.* (13.12.5)

ochocientos de ellos fueran crucificados.” La crucifixión era una forma de tortura a muerte que habían inventado *los griegos*—bajo la ley judía, era un sacrilegio—. Pero el rey no se detuvo ahí. “Mientras que [los crucificados] vivían todavía, ordenó que sus hijos y esposas fueran cortados frente a sus ojos.”*

Para fines prácticos, Alejandro era un monarca grecomacedonio.

Reconociendo quizá que la masa de los judíos jamás sería griega, en su lecho de muerte el rey recomendó a Salomé Alejandra que se aliara nuevamente con los fariseos, pues de lo contrario no podría gobernar.† Ella siguió el consejo.

[Salomé Alejandra] restauró las prácticas que los fariseos habían introducido, de acuerdo a las tradiciones de sus ancestros, y que su suegro Juan Hircano había abolido. Así que en realidad ella era un regente, mientras que los fariseos tenían la autoridad, pues restablecieron a los exiliados y dejaron en libertad a los prisioneros, y en pocas palabras [los fariseos] actuaban como si fuesen nobles.‡

La reina sí se encargó de los asuntos militares, creció un gran ejército con el cual mantuvo seguro al país, y hubo paz interna durante su reinado de nueve años. Los fariseos, empero, querían justicia por los ochocientos crucificados, y de hecho

* *ibid.* (13.14.1-2)

† *ibid.* (13.15.5)

‡ *ibid.* (13.16.1-2)

ejecutaron a varios de los responsables. Los más poderosos de los aristócratas que habían participado en las crucifixiones buscaron entonces la protección de Aristóbulo, hijo de Alejandro Janeo, y éste se enfrentó con la reina Salomé Alejandra.

Aristóbulo estaba furioso con la reina por su alianza con los fariseos, y ella, “no sabiendo que hacer con decencia alguna,” le entregó las fortalezas a los protegidos de Aristóbulo. Puede anticiparse la secuela. Aristóbulo fue a las fortalezas, una por una, convenciendo a sus amigos de tomar el gobierno, pues de otra manera cuando muriera la reina estarían todos a merced de los fariseos. Pronto, Aristóbulo controlaba prácticamente todas las fortalezas y había levantado un gran ejército. Antes de dar el golpe, empero, murió Salomé Alejandra.§

Mientras que el Estado judío se debilitaba con sus luchas intestinas, la sombra del poder de Roma crecía en el Mediterráneo, extendiéndose paulatinamente hacia el Levante.

El Imperio Romano

A los romanos no les gustaba la idea de un Estado judío fundado sobre una revuelta campesina que había derrotado a los invencibles grecomacedonios (tutores de los romanos). Menos podía gustarles que este Estado independiente le gravara impuestos a la diáspora, cuyo crecimiento relámpago en todas partes del mundo conocido, y en todo rincón del

§ *ibid.* (13.16.1-6)

Imperio Romano, se debía sobre todo a la rápida conversión de paganos. Los judíos se decían descendientes de esclavos liberados y predicaban la abolición de la esclavitud, mientras que la esclavitud era la base económica del Imperio Romano (INTRODUCCIÓN). El movimiento de los fariseos o rabinos—el más grande de los ‘partidos’ judíos, y el mejor organizado como movimiento político—lideraba a las poblaciones de la diáspora, incluyendo a los judíos en la ciudad de Roma.

Sin coincidencia: en el año 139 AEC los romanos expulsaron a los judíos de la ciudad de Roma.

Aquello “sugiere,” dice el historiador Robert Wolfe, “que a los romanos no les gustaba la idea de la independencia judía, y que buscaban limitar sus efectos lo mejor que pudieran.”²² Pero no hace falta especular. Los documentos romanos que testimonian esta expulsión dicen que “los judíos... habían tratado de transmitir sus ritos sagrados,” o “habían tratado de infectar las costumbres romanas.”²³ Los romanos temían una revolución.

Revolucionarios judíos en Roma

La expulsión no funcionó. Los judíos regresaron y el fermento revolucionario fue en aumento. En 73-71 AEC estalló la gran revuelta de Espartaco, descrita casi siempre como una revolución de esclavos aunque hubiera quizá más campesinos ‘libres’ entre los rebeldes, y aunque buscaran unirse a Espartaco (sin éxito) inclusive muchos soldados romanos.²⁴ Todo lo cual revela el enorme descontento—muy generalizado—de las masas, inclusive las masas mercenarias, con la aristocracia romana.

Luego de exterminadas las huestes de Espartaco, hubo poco después dos importantes intentos de revolución en la ciudad de Roma liderados *por* aristócratas que se aliaban con las clases bajas e inclusive con los esclavos: Catilina y Clodio. Es interesante que según las quejas del famoso Cicerón, expresadas en público en su *Discurso en Defensa de Flaco*, estos revolucionarios romanos habían sido influenciados por los judíos.

Lucio Flaco, el cliente de Cicerón, había sido acusado de interferir, desde su puesto como gobernador de una provincia romana, con el dinero que los judíos del imperio enviaban al Templo en Jerusalén. Puede entreverse en esta anécdota cómo los números y la popularidad de los judíos contribuían a su fuerza política dentro de Roma, porque era bien raro que una población subyugada pudiera hacer enjuiciar a un administrador romano. Y si bien otras acusaciones en contra de Flaco también figuraban en el proceso, el amigo y abogado de Flaco, Cicerón, dejó claro que era debido a la *presión judía* que Flaco estaba siendo procesado. No se molestó Cicerón en desmentir las acusaciones; su ‘defensa’ de Flaco fue afirmar que cualquier acción antijudía era virtuosa.

Cinco detalles son especialmente interesantes. Primero, Cicerón había jugado un papel líder derrotando los intentos de revolución de Catilina y de Clodio; su cliente Flaco—en su papel de *pretor* (un alto funcionario) durante el consulado de Cicerón*—había asistido en la represión de Catilina. Segundo,

* Durante la República el cónsul era el más alto funcionario de Roma. Lo típico era que hubieran dos cónsules simultáneamente.

los judíos, acusó Cicerón, tenían una enemistad especial con él, con Flaco, y con sus aliados contrarrevolucionarios. Tercero, los judíos eran “numerosos,” “de gran unanimidad,” y de considerable “peso en las asambleas populares,” o sea que jugaban el papel de agitadores populares y líderes de las masas. Cuarto, “la multitud de los judíos habíase agitado mucho en las asambleas convocadas [por los contrarrevolucionarios] para defender los intereses de la república,” es decir, para ver cómo reprimir la revolución de Catilina. Y quinto, enemistarse con los judíos, según Cicerón, era correr un serio peligro (comunicó con elocuencia el miedo que les tenía).*

En pocas palabras, Cicerón testimonió que la fallida revolución de Catilina—y también la de Clodio, pues reclutó el apoyo de los simpatizantes de Catilina—había tenido mucho que ver con la influencia judía.

¿Una coincidencia?

Lo anterior contextualiza otro evento importante. Fue en el mismo año de 63 AEC, con Cicerón cumpliendo su gestión de cónsul y Catilina lanzando su intento de golpe, que las legiones romanas, lideradas por Pompeyo, aliado de Cicerón, se lanzaron sobre Judá y la conquistaron. ¿No sería que la aristocracia romana, espantada por los intentos de revolución que los judíos inspiraban y apoyaban en Roma, buscaba ahora solucionar de raíz su ‘Problema Judío’ en Jerusalén? (Aquí comenzó, de hecho, el largo genocidio de los romanos contra

los judíos, llevado a cabo en varias etapas intermitentes, con descansos, y concluido en el año 135 EC.)

Para Pompeyo la conquista de Jerusalén fue relativamente fácil gracias a la riña entre los principales traidores en la cima del Estado judío. Podemos ahora retomar esa narrativa.

Luego de la muerte de Salomé Alejandra estaban de un lado Aristóbulo y del otro su hermano Hircano, a quien Salomé Alejandra había nombrado sumo sacerdote. Los hermanos se disputaban el poder en guerra civil y mientras tanto las legiones romanas de Pompeyo avanzaban hacia Judá, tomando o destruyendo todo en su camino. En vez de unirse para repeler al enemigo, estos ‘líderes’ judíos, helenistas, buscaron ambos una alianza con Pompeyo, sometiéndosele cada quien por adelantado y buscando cada cual sobornarlo para volverse rey de los judíos bajo ‘protección’ romana. Pompeyo pudo así jugar primero con uno y luego con otro. “La razón de que cayera esta miseria sobre Jerusalén,” escribe Josefo, “fue que Hircano y Aristóbulo alzaran la sedición el uno contra el otro; pues ahora perdimos nuestra libertad, y nos convertimos en súbditos de los romanos, perdimos aquella tierra que le habíamos ganado por las armas a los sirios [grecomacedonios], y nos vimos forzados a regresárselas a los sirios.”†

Hircano fue finalmente favorecido para el puesto de sumo sacerdote por los romanos, pero el verdadero poder local lo detentaban un tal Antípater y sus hijos: Fasael y Herodes. Josefo escribe que Herodes, cuando asesinó a unos rebeldes

* *Pro Flaco* (66-69)

† *Antigüedades de los Judíos* (14.4.5)

que resistían la ocupación extranjera, se ganó las simpatías de Sexto César (pariente de Julio César) y de la aristocracia grecomacedonia en la provincia que gobernaba Sexto. Los fariseos, furiosos con aquella represión de Herodes, buscaran enjuiciarlo. Pero Herodes se presentó a juicio con un destacamento militar formidable, y aunque un importante fariseo advirtiera que de no enjuiciarlo en ese momento Herodes luego los asesinaría, no lo hicieron. Los romanos entonces colocaron a Herodes como rey, aboliendo el último vestigio de la independencia judía.*

Herodes: traidor

Luego de su conquista, Pompeyo liberó a las aristocracias griegas que habían sido dominadas por los reyes macabeos y las ciudades griegas fueron reconstruidas bajo el proconsul Gabinio en 57-55 AEC. Poco después, Augusto César se convirtió (*de facto*) en el primer emperador romano, y Herodes en el ‘monarca’ protegido del emperador.

A un lado, en Egipto, la enorme comunidad judía que ahí vivía había logrado obtener la categoría de *politeuma*, un estatus de cierta forma inferior a la ciudadanía pero de cualquier manera con ciertas libertades que les permitían observar sus leyes cual nación aparte.²⁵ Cuando Augusto César, hijo adoptivo de Julio César que consiguiera imponer su ‘derecho’ dinástico asesinando a todos sus rivales, conquistó Egipto en el año 30 AEC, despojó a los judíos de este estatus.²⁶

* *ibid.* (14.9.1-4)

Luego de eso, cuando pasaban por Jerusalén él y su nieto Cayo, Augusto felicitó al joven por un gesto ofensivo contra la religiosidad hebrea. Ese detalle es revelador, porque Augusto en general se cuidaba de no ofender las prácticas religiosas de sus súbditos, y a Cayo lo estaba preparando para heredar el trono imperial (para desgracia de Augusto, Cayo murió en su niñez).²⁷ Que Augusto César se desviara tan dramáticamente de su política religiosa en el caso judío sugiere—como lo sugiere también mucha evidencia adicional—que buscaba provocar una revuelta judía para poder así reprimirla con una gran matanza.

Para sustentar esta hipótesis, nada mejor que el estilo de gobierno de Herodes en Judea.

La política más importante de este rey títere era asistir el crecimiento de los griegos sobre los judíos. “La fundación de ciudades por Herodes y sus hijos,” escribe el historiador Fergus Millar, “debe ser vista en el contexto de su larga lista de beneficencias a las otras ciudades griegas (y a la colonia romana) en el Oriente Próximo.”²⁸ Construyó palacios, arenas, muros, mercados, fuentes, paseos arcados, etc., en las ciudades griegas del área. Fundó también él mismo varias ciudades griegas nuevas. Así, Herodes transfería una montaña de recursos judíos a los griegos, aliados de los romanos: “Los ambiciosos proyectos de construcción herodiana y sus beneficencias a ciudades extranjeras y a la familia imperial [romana] imponían una carga considerable sobre los lomos de los agricultores y trabajadores judíos.”²⁹ También subsidiaba una avalancha de culto pagano, e inclusive el culto religioso a Augusto César—idolatría imperdonable bajo la Ley de Moisés—. Todo esto, en el contexto de la simultánea marea de

asentadores griegos que favoreció en Judea, indica que Herodes llevaba a cabo para Roma una forma de ‘limpieza étnica.’³⁰

Los judíos lo odiaban. Y a Herodes nunca le faltaban nuevas formas de provocarlos. Por ejemplo, los ‘juegos’ romanos de gladiadores—un crimen sacrílego bajo la ley judía—no habían sido comunes en el oriente griego antes de que los introdujera *Herodes*. También construyó un teatro griego en la Ciudad Santa, Jerusalén. Su milicia, con la cual reprimía a su gente, estaba compuesta principalmente de griegos y otros extranjeros.³¹

Todo esto, claro está, era política *de Augusto César*, pues Herodes para efectos prácticos era un esclavo del emperador.³² “La nueva dinastía [Herodiana],” explica Shaye Cohen, “le debía todo a los romanos y por lo tanto los apoyaba con todo corazón.” Herodes “se sintió siempre inseguro en su autoridad,” con lo cual “asesinó a muchos miembros de la aristocracia [judía] cuyo prestigio y estatus en la comunidad eran mayores al suyo.”³³ Richard Horsley comenta que “Herodes acabó con cualquier participación de los judíos en los procesos políticos internos... e impuso una nueva aristocracia terrateniente y una aristocracia sacerdotal ‘ilegítima’ que le era leal.”³⁴ *Leal a Roma*. Aunque los antiguos romanos no fueran mejores que los nazis, no faltaban nobles judíos para colaborar con ellos.

Queda la pregunta: ¿Por qué precisaba Augusto César de provocar una revuelta para atacar a los judíos? Después de todo, los romanos exterminaban gozosos a los pueblos extranjeros porque *ahí estaban*, nada más, y no se molestaban con justificaciones especiales. ¿Qué volvía distintos a los

judíos? *Esto*: eran inmensamente populares en todo el Imperio Romano, y reclutaban en ese entonces grandes multitudes de gente nueva a su movimiento (INTRODUCCIÓN). Tenían seguidores inclusive en las clases medias y altas. En semejantes condiciones un ataque, si no se preparaba bien el terreno político, podía resultar en una revuelta general, trayéndose abajo a la aristocracia romana. Los romanos se tomaban muy en serio que la influencia judía había provocado ya dos intentos de revolución *en la ciudad de Roma*. Por lo tanto—por gramática política—era preciso provocar primero a los judíos para que la autoridad romana pudiera decir que estaba *reaccionando*: ‘restaurando el orden.’

En el año 4 EC llegó la oportunidad que buscaba el César. “Aunque Herodes había mantenido un control severo de la sociedad judía,” escribe Horsley, “a su muerte todo el país estalló simultáneamente en rebelión liderada por varios pretendientes mesiánicos en cada uno de los principales distritos.”³⁵ Estos pelearon contra “las fuerzas leales a varios pretendientes que querían suceder a Herodes como rey títere de los romanos,” los cuales también peleaban entre sí. Augusto entonces ordenó un ataque masivo que describen así Horsley & Silberman: “‘Los ejércitos romanos barrieron por los pueblos y ciudades del país, violando, asesinando, y destruyendo casi todo lo que había. En Galilea, todos los centros de rebelión fueron brutalmente suprimidos; la ciudad rebelde de Séforis fue completamente quemada, y los habitantes que sobrevivieron vendidos a la esclavitud.’” Añade James Carroll: “Miles de judíos fueron asesinados. En Jerusalén, donde los rebeldes brevemente habían tomado el poder, los romanos demostraron que irían hasta el límite para mantener su control, y ejecutaron

inmediatamente a cualquiera que cayera bajo sospecha de haber apoyado la rebelión—[Flavio] Josefo estima el número en dos mil—. El método romano de ejecución, claro, fue la crucifixión...³⁶ *Dos mil personas*, clavadas sobre palos, inundando hasta el horizonte la mirada, sus pulmones colapsándose pero lentamente, agonizando varios días. Los romanos no querían ser malentendidos: sus lecciones eran elocuentes.

De ahí en adelante Judá fue *Judea* y los romanos la administraron directamente como provincia.

Las dificultades del Imperio Romano con los judíos

En el capítulo siguiente examinaremos con detalle la estrategia efectiva que los romanos finalmente descubrieron para destruir al pueblo judío. Pero para apreciar aquella ‘Solución Final,’ es preciso entender el contexto, mismo que trataremos aquí. Lo que me interesa dejar claro es la gran dificultad que tenía el imperio reprimiendo a los judíos dada la vasta y creciente popularidad de los últimos. Ni siquiera la estrategia de provocar primero les estaba dando resultado. Los romanos, de hecho, estuvieron a punto de perder su imperio en una gran revolución. Luego de establecer este contexto regresaré al tema de las traiciones.

Tiberio César

Fallecido Augusto e instalado Tiberio César como nuevo soberano absoluto y totalitario del Imperio Romano, la

aristocracia continuaba muy preocupada del éxito demográfico e ideológico del judaísmo. La queja del senador Séneca, un contemporáneo de Tiberio, lo pone en evidencia: “Las costumbres de esta maldita raza [judía] han adquirido una influencia tal que son recibidas en todo el mundo. ¡Los vencidos le enseñan leyes a los vencedores!”*

El más preocupado parece haber sido el propio Tiberio, y abunda evidencia de que le aterraba la velocidad a la que los judíos producían conversos. Varios antiguos historiadores romanos—como Suetonio, Tácito, Dio Casio, y Flavio Josefo—hablan de su represión en el año 19 EC contra el culto judío y sus simpatizantes en la ciudad de Roma. No se detuvo ahí. Tiberio les negó comida a los judíos de Alejandría durante una hambruna, instituyó políticas represivas para reducir sus números en la ciudad de Roma, y terminó por expulsarlos.³⁷ Buscó inclusive identificar simpatizantes judíos en la más alta cima de la aristocracia romana. Seneca explica en su *Epistulae Morales* que tuvo que abandonar su dieta vegetariana para que no fuera confundida con las restricciones dietéticas de los judíos.³⁸

La represión de 19 EC no tranquilizó a Tiberio. “Entre los años 19 y 23 [Tiberio] construyó enormes barracas para la guardia pretoriana a la orilla de Roma misma.”³⁹ ¿Le preocupaba una posible revolución? Se le veía asustado. Suetonio explica que “se fue a Capri, porque le gustaba mucho esa isla, ya que el acceso único era una pequeña playa, rodeada por todos lados por desfiladeros verticales de gran altura, y

* Citado en *De Civitate Dei (Ciudad de Dios)* 6.11.

aguas muy profundas.”* Ahí, en Capri, Tiberio se sumergió en depravaciones malsanas, deleitándose con torturas creativas y lentas, gozando los alaridos de los pobres diablos que hacía crujir entre sus manos. Tanto lo consumían estos ‘pasatiempos’ que no podía gobernar; se encargaba de eso su amigo y brazo derecho, Sejano. Éste era jefe de la guardia pretoriana, el destacamento de ‘fuerzas especiales’ que mantenía en su trono al emperador.⁴⁰

Filo de Alejandría, el gran pensador judío del siglo 1, hace referencia en *Legatio ad Gaium* a una represión de Sejano en el año 31 EC, lanzada contra los judíos en varias ciudades del imperio con el objetivo de “borrar a la nación.”⁴¹ En una obra distinta, *In Flaccum*, explica el historiador Erwin Goodenough, “[Filo] demostró que la caída de Sejano se debía en parte a su persecución de los judíos.”⁴² ¿Qué fue la “caída de Sejano”? Tiberio no lo retiró simplemente de su cargo: lo ejecutó. Como testimonio del poder político de los judíos y el nerviosismo de la aristocracia romana, me parece difícil imaginar algo más dramático que ver al emperador forzado a ejecutar a su cogobernante y mejor amigo—y para colmo, según explica Filo en *Legatio ad Gaium*, a ofrecer disculpas a sus víctimas judías—. ⁴³ (Pero pronto vendría un testimonio más dramático aún.)

Las fuentes romanas sobre todo esto, debo apuntar, alegan que Sejano fue ejecutado *por intrigas de palacio contra el emperador*, lo cual supone una versión de los hechos enteramente distinta a la de Filo, el filósofo judío de Alejandría. ¿A quién creerle?

* *Tiberio* (40)

Sabemos que en la Roma imperial, como en cualquier Estado totalitario, había harta censura, y sobre todo cuando de escribir historia se trataba. Es interesante, por lo tanto, que en *Anales* de Tácito—la obra que Barbara Levick, biógrafa de Tiberio, llama “nuestra fuente más completa y certera”—la porción correspondiente a estos eventos no sobrevivió: el relato “se suspende en el año 29 EC, y retoma después de la caída de Sejano.”⁴⁴ Ahora bien, la reputación de Tácito era decir las cosas tal y como sucedieron. Cabe entonces la pregunta: ¿Habrían sido expurgados estos eventos de su obra por apearse demasiado a los hechos? ¿Tenemos derecho a ver, en el texto amputado, una huella de la mano avergonzada del censorador?

Un dato clave apoya esta hipótesis.

En el texto superviviente, cuando la narrativa retoma su curso después de la interrupción, en el Libro 6 de *Anales*, leemos lo siguiente: “...Luego se tomó la decisión de castigar a los hijos de Sejano que quedaban, aunque la furia del pueblo ya disminuía, y la gente había sido apaciguada con las ejecuciones anteriores.” No es más que un mísero trozo de prosa, pero sus implicaciones son vastas. La referencia a esfuerzos imperiales por apaciguar “la furia del pueblo” y de “la gente” con ejecuciones no sugiere que el problema fueran simples intrigas de Sejano contra un emperador odiado por todos. Eso no habría hecho enfurecer a ningún “pueblo.” Al contrario, el sentido de lo que escribe Tácito es que se apaciguaba una revuelta *general* con ejecuciones de los principales responsables de reprimir a la población, lo cual es enteramente consistente con lo afirmado por Filo de Alejandría.

Como ya vimos, abunda evidencia del interés y la simpatía de los paganos mediterráneos por los judíos en su derredor, para muchos una pasión filojudaica tan intensa que los empujaba a convertirse—por los miles—al judaísmo (INTRODUCCIÓN). Como explicó el propio Cicerón, los judíos—con tanto poder político que inclusive a él, anterior cónsul de Roma, lo hacían temblar—eran los agitadores revolucionarios de las masas (arriba). Entonces no hay dificultad en suponer que un ataque violento de Sejano buscando “borrar a la nación” judía en varias ciudades, como acusa Filo, despertara “la furia del pueblo” que menciona Tácito, y que “la gente,” uniéndose a los judíos en revuelta, hicieran peligrar al imperio. Semejante humillación no habría tardado en ser borrada de cualquier relato romano por los censuradores imperiales, explicando así que no sobreviviera precisamente aquella porción en los *Anales* de Tácito.

Poncio Pilato

Todo lo anterior no pudo sino subrayar para los aristócratas romanos la imperativa de lanzar represiones antijudías *después* de provocar una rebelión, para así poder justificar ante la población que la violencia era necesaria para ‘mantener el orden.’ Tiberio al parecer encomendó a Poncio Pilato, desde 26 EC su gobernador en Judea, el centro de poder simbólico judío, la tarea de provocar esa revuelta. Pero al final Tiberio no se atrevió.

La historiadora Elaine Pagels apunta que Filo de Alejandría, “al narrar la situación de la comunidad judía en Judea, describió al gobernador Pilato como un hombre ‘inflexible, testarudo, y cruel,’ y describió su administración

como marcada por ‘la avaricia, la violencia, el robo, el atropello, comportamientos abusivos, frecuentes ejecuciones sin juicio, y ferocidad salvaje e interminable.’ ” El testimonio de Filo, agrega, es corroborado por Flavio Josefo.⁴⁵

Pilato también fue cuidadoso en ofender las sensibilidades religiosas de los judíos, y en esto va una lección.

Como sucede en cualquier sistema totalitario, en el Imperio Romano el culto religioso al emperador—lo que en el mundo moderno llamaríamos el ‘culto a su personalidad’—era parte integral del sistema de significados que anclaba el orden político. Cualquier participación en ese culto, empero, era intolerable para los monoteístas judíos. Por eso, “los predecesores de Pilato,” explica Pagels, apoyándose en Josefo, “reconociendo que los judíos consideraban imágenes del emperador como idólatras, habían instituido la práctica de escoger para la guarnición de Jerusalén una unidad militar cuyos estandartes no llevaban aquellas imágenes.” Ese cuidado de los romanos por respetar las idiosincráticas sensibilidades religiosas de los judíos, a pesar de la centralidad e importancia del culto al emperador, es nuevamente una indicación de lo nerviosos que estaban. Pilato, empero, había sido enviado a provocar, y “deliberadamente violó este precedente.”⁴⁶

Primero, le ordenó a la guarnición existente que partiera; luego, llevó hasta Jerusalén una unidad de reemplazo cuyos estandartes llevaban imágenes imperiales, cuidándose de arribar coincidiendo con las altas celebraciones judías, el Día del Perdón [*Yom Kipur*] y la Fiesta de los Tabernáculos [*Sucof*]. Pilato aparentemente sabía que cometía un sacrilegio a los ojos de sus súbditos, pues tomó la

precaución de llegar de noche y ordenar que los estandartes fueran cubiertos con mantas durante el camino. Cuando la población de Jerusalén se enteró..., se reunió en las calles a protestar. Una gran multitud siguió a Pilato hasta Cesárea y se instaló afuera de su residencia, rogándole que quitara [los estandartes]... Cuando Pilato se rehusó, la multitud continuó protestando. Luego de cinco días, Pilato, exasperado pero testarudo... hizo como si les ofreciera a los manifestantes una audiencia formal, [y]... los convocó a que se presentaran delante de él en el estadio. Ahí Pilato reunió soldados, y les ordenó que rodearan a la multitud. Amenazó a los manifestantes con una masacre a menos que se rindieran. Para la sorpresa de Pilato, los judíos declararon que preferían morir a ver su ley violada. Entonces Pilato capituló y retiró a la unidad.—Pagels (1995:30-31)

Pilato encontraría otras formas de provocar a los judíos—era su deporte favorito—. Y en ocasiones sí se sintió lo suficientemente valiente como para asesinarlos. Nuevamente rompiendo con el precedente, relata Pagels, Pilato mandó acuñar monedas con imágenes paganas, algo que ningún otro gobernador romano se había atrevido a hacer, y se apropió los fondos sagrados del Templo para financiar un acueducto en Jerusalén (más sacrilegios). Cuando se juntó una furiosa multitud a protestar, Pilato “ordenó que soldados vestidos de civiles con armas ocultas se mezclaran con la gente.” La gente no quiso dispersarse; Pilato dio la orden y los soldados atacaron. “Varias personas fueron asesinadas y otros fueron pisoteados a muerte en la estampida que siguió.” Luego hubo

otras provocaciones, como la dedicación en el Templo de escudos dorados conteniendo imágenes paganas.⁴⁷

Pero cuando Pilato asesinó a una multitud de samaritanos que se habían reunido a venerar a Moisés en el Monte Gerizim, el legado Romano en Siria, su superior, lo relevó de su cargo y lo envió de regreso a Roma.⁴⁸ Parece que Tiberio César, como en 31 EC, juzgó que le faltaba fuerza, y al final no quiso provocar una rebelión imposible de contener.

Cayo César

Tiberio murió y en el año 38 EC, el nuevo emperador, Cayo César (‘Calígula,’ como le apodaban), ordenó un pogromo contra la población judía de Alejandría, llevado a cabo por Flaco Avilio. Este ultraje, que resultó en muchísimos muertos, además de saqueo y destrucción de propiedades, fue narrado en furia por Filo de Alejandria en *Legatio ad Gaium*.

El mismo emperador, en el año 40, insistió en generar una tremenda provocación, ordenando instalar una efigie de su persona en el Templo de Jerusalén.⁴⁹ Cualquier miembro de la burocracia imperial que resistiera una orden del César se ganaba una pronta ejecución, por lo cual es elocuente que P. Petronio, el encargado de acatar ésta, prefiriera, antes que provocar a los judíos, desafiar al cruel soberano absoluto y totalitario del Imperio Romano. La carta que envió a Cayo aconsejaba cortésmente y con debidas alabanzas a su majestad que mejor abandonara este proyecto, pues podría ganarse una insurrección imposible de reprimir. El emperador mandó decir a Petronio que se suicidara. Se salvó Petronio de momento porque el ‘rey’ judío Agripa (un rey sin trono) le rogó desistir

de sus planes y de momento lo convenció. Pero el volátil Cayo luego cambió de parecer y volvió a ordenar que se erigiera la estatua. ¿Qué sería de Petronio? Lo salvó la guardia pretoriana. Antes que permitir una provocación que resultara en una revolución incontenible, la guardia pretoriana, que no olvidaba como una revuelta de judíos y aliados hace apenas unos años había culminado en la ejecución de su jefe, prefirió asesinar al emperador el 24 de enero de 41 EC. En su lugar, los pretorianos instalaron a Claudio César.⁵⁰

Los judíos de Alejandría aprovecharon la confusión de la sucesión para lanzar una revuelta en venganza por el pogromo sufrido en 38 EC.⁵¹ Aconsejado por los pretorianos, ahora tan prudentes, Claudio, como primer acto de Estado, proclamó inmediatamente dos edictos anunciando que se respetarían los derechos de los judíos en Alejandría y en el imperio, y luego, para que quedara claro, envió su famosa *Carta a Alejandría* para disculparse con los judíos alejandrinos y apaciguar su ira.⁵²

No puede pedirse mejor evidencia de lo claro que había quedado en la consciencia de la aristocracia romana lo peligroso que era enfrentarse a los judíos. Había que hacer eso con mucho cuidado, y desde luego preparar primero el terreno político.

La aristocracia judía pro romana

Naturalmente que no toda traición obtiene registro en los documentos sobrevivientes que utilizamos para reconstruir la historia, pero sobran casos sobresalientes que sí han podido documentarse y con los cuales puede establecerse el patrón.

Mencionaré aquí algunos de estos casos.

Tiberio Julio Alejandro

Tiberio Julio Alejandro, de una familia judía alejandrina que sin duda era la más adinerada del Mediterráneo, renunció a su fe para convertirse en colaborador romano. Esto lo volvía muy distinto de su famoso tío Filo, cuyos testimonios hemos citado. En Judea, Tiberio Alejandro dirigió para los romanos la represión antijudía, y “luego el Emperador Nerón lo convirtió en el prefecto de Egipto, donde jugó el papel de Flaco [Avilio], volcando las legiones de Roma sobre los judíos en uno de los disturbios, causando, dice Josefo, que 50,000 judíos fueran asesinados.”⁵³

Las provocaciones de Nerón a través de Tiberio Alejandro contribuyeron al fermento revolucionario que resultó en la Primera Guerra Judía. Por razones que dejaré claras en el capítulo siguiente, esta vez los romanos sintieron que el terreno político sí estaba listo, y se arriesgaron con una confrontación directa. Con todo y eso les costó mucho trabajo vencer, pero ganaron la guerra. Aquí comenzó el largo final. Además de arrasarse con toda la zona, quemando, destruyendo, y exterminando todo lo que había a su paso, Vespasiano y su hijo Tito derrumbaron la ciudad de Jerusalén y su Templo (año 70 EC).

Aquella victoria romana se debió, en parte, a que muchos aristócratas judíos se aliaron con los romanos. El más conocido es el propio Flavio Josefo, quien habría de ser después uno de los historiadores más famosos de todos los

tiempos.

Flavio Josefo

Según el relato de Josefo en *La Guerra Judía*, él aconsejó que los judíos no pelearan contra Roma, pero cuando lo hicieron, ayudó a organizar la defensa de una ciudad. Luego de ser capturado por los romanos, le predijo a Vespasiano, para enorme deleite del supersticioso general, que habría de ser el próximo César. Cuando se cumplió la predicción Josefo se convirtió en favorito del emperador y de ahí en adelante le ayudó a él y a su hijo Tito a proseguir aquella guerra genocida. Concluido el exterminio, el emperador patrocinó el trabajo de Josefo para que utilizara su prestigio de aristócrata y sabio hebreo en defensa de una singular tesis: que los romanos no habían oprimido al pueblo de Moisés.⁵⁴ Fue así como Josefo escribió sus ‘relatos históricos,’ ejercicios de propaganda imperial cuyos sesgos deben tomarse en cuenta toda vez que sean consultados.

Es difícil imaginar argumentos justificativos más sesgados que los de Josefo. En *La Guerra Judía* se refiere a Jerusalén así: “O desdichada ciudad, qué miseria tan grande sufriste de los romanos, cuando vinieron a purificarte de tus odios internos.”* En otras palabras, según Josefo era culpa de los judíos que los romanos hubieran tenido que exterminarlos para ‘purificarlos’ de su desorden político (me vienen a la mente los argumentos de los franquistas y sus simpatizantes para justificar los exterminios de republicanos en España).

* *La Guerra Judía* (5.9)

En su historia masiva, *Antigüedades de los Judíos*, Josefo le dice al lector: “No puedo creer que haya persona alguna tan estúpida que se rehúse a creer las declaraciones de amistad de los romanos hacia nosotros [los judíos], cuando nos han demostrado aquello con muchos decretos sobre nosotros.”† Pero de no haber sido bien común aquella ‘estupidez’ Josefo no se habría esforzado tanto en refutarla. Sobre esos presuntos decretos, el historiador Erich Gruen explica que “Josefo juntó estos documentos por razones que eran explícitamente apologéticas: quería probar que los judíos siempre habían sido muy estimados por Roma,” y por lo tanto “Josefo... tenía... motivo para falsificar documentos.” De hecho: “Los documentos [de Josefo] son por lo general citados en parte, no en su totalidad, están llenos de errores; los nombres se confunden o están equivocados; la cronología está mal; y aparecen muchas duplicaciones y repeticiones.”⁵⁵ Pero a pesar de todo eso muchos historiadores—¡incluido el propio Erich Gruen!—hacen enormes esfuerzos por justificar que Josefo decía la verdad cuando alegaba el presunto favor romano hacia los judíos.

¿A qué se debe semejante sesgo? Es bastante obvio. La Iglesia Católica ha sido siempre *romana*, y ha tenido una gran influencia en la cultura occidental, en donde promovió el culto a la Roma antigua luego de recrear el imperio como el Sacro Imperio Romano medieval y germánico. A consecuencia de esto las clases altas occidentales, generatrices de la gran mayoría de los historiadores, se han identificado siempre mucho con la antigua aristocracia romana, y sus mentes han

† *Antigüedades de los Judíos* (14.267)

sido victimadas también por aquel prejuicio tradicional de Occidente: el antisemitismo, inculcado por la misma Iglesia durante dos milenios. De ahí que favorezcan los argumentos de Josefo—muy estimado, copiado, y preservado a través de los siglos por estudiosos *cristianos*—cuando culpa a los judíos por los ataques romanos. Pero la deshonestidad de Josefo sobre este punto ha sido más que demostrada: los especialistas del tema han probado ya que Josefo falsificó por lo menos dos de sus supuestos ‘decretos’ pro judíos.⁵⁶ (En otro libro presentaré mi demostración sobre una tercera falsificación.)

¿Para quién escribía Josefo? Para la aristocracia grecorromana. Entonces cabe la pregunta: ¿Por qué se ocupaba el emperador, a través de su *hoffjude*, su mascota judía, de convencer a los aristócratas griegos y romanos de que Roma quería mucho a los judíos? No hay más que una explicación: *era políticamente necesario*. Había crecido tanto la influencia del judaísmo en la ciudad de Roma, inclusive entre las clases altas, que muchos aristócratas ya no estaban de acuerdo con el exterminio de judíos que habían llevado a cabo Vespasiano y Tito en Judea. El emperador absoluto y totalitario tenía que andarse con cuidado porque esa gente “tan estúpida” no era poca, inclusive en las altas esferas del imperio. Entonces, comisionó la propaganda de Josefo. Nuevamente es evidencia del gran poder ideológico del judaísmo, y de lo cerca que estuvieron los judíos antiguos de ganar.

Los enemigos de los sicarios

Flavio Josefo estuvo muy lejos de ser el único traidor contra su pueblo en el contexto de los ataques genocidas de los romanos, cosa que dejan bien claro sus propios escritos. Los traidores

eran de hecho tan comunes que un grupo de rebeldes judíos, los *sicarios*, se especializaba en asesinarlos.

Josefo se queja mucho de los sicarios y los califica de ‘bandidos’; por esto precisamente debemos sospechar que se merecen nuestra simpatía. Pero hoy en día se ha vuelto común tratarlos de ‘terroristas,’ y para colmo, en la lengua española moderna ‘sicario’ quiere decir ‘asesino asalariado’ y no ‘partisano patriota.’ Me parece injusto. La palabra ‘terrorista’ invariablemente se emplea para condenar, pues connota *ataques contra civiles inocentes*. Los aristócratas romanos, cuyos soldados eran profesionales de los ataques contra civiles inocentes, y cuyo ‘deporte’ era ver cómo bestias africanas devoraban a personas vivas, eran desde luego terroristas. Si ‘romano’ en la lengua moderna se hubiese convertido en sinónimo de ‘terrorista’ yo no opondría objeción alguna; pero se hizo esto con la palabra ‘sicario’ y eso exige una revisión.

Richard Horsley parece haber sido el primero en calificar a los sicarios de terroristas en su artículo: ‘Los Sicarios: Antiguos “Terroristas” Judíos.’ Hizo bien, por lo menos, en poner la palabra entre comillas, porque como lo explica el mismo Horsley, citando a Josefo (*enemigo* de los sicarios), ellos se dedicaban a defender a los judíos del terrorismo romano.

Los sicarios emergieron en Jerusalén durante los 50s. Recibieron su nombre de las armas que usaban, es decir, “dagas que se asemejan a las cimitarras de los persas en su tamaño, pero curvas y asemejándose a las armas que los romanos llaman *sicae*” (*Antigüedades de los Judíos* 20:186).

Los reportes sobre este distintivo grupo son precisos y consistentes.

“...Especialmente durante los festivales, se mezclaban con la muchedumbre, llevando dagas cortas escondidas en sus vestimentas con las cuales apuñalaban a sus enemigos. ...El primero en ser asesinado por ellos fue Jonatán, el sumo sacerdote” (*La Guerra Judía* 2.254-56).—Horsley (1979:436)

Los sumos sacerdotes del Templo eran colaboradores romanos: se encargaban de mantener el orden romano en Judea. De hecho, explica Horsley, se convirtieron en unos verdaderos gangsters, con “tropas de asalto” para extorsionar inclusive a los sacerdotes comunes.⁵⁷ Aquel primer asesinato de los sicarios—harto simbólico—delata que se enfrentaban a los opresores de los judíos. No mataban inocentes.

En cuanto a su judaísmo, los sicarios estaban de acuerdo en todo con los fariseos, es decir, los rabinos—los intérpretes de la Ley de Moisés—pues buscaban una sociedad justa y compasiva, organizada alrededor de la Ley. Un fariseo, de hecho, había sido cofundador de los grupos sicarios.⁵⁸ La única diferencia importante era con algunos fariseos—pero no con todos—que preferían no provocar un enfrentamiento armado con los romanos, pues pensaban derrotarlos con la conversión de suficientes gentiles.

Una razón importante de que los sicarios concentraran sus ataques contra la aristocracia colaboradora judía es que había pocos romanos en Judea

La estrategia de los sicarios al parecer se enfocaba sobre los grupos gobernantes judíos: la aristocracia sacerdotal, la familia real, y otros notables.

...los sicarios [también] extendieron sus actividades al campo, donde se encontraban los latifundios de la aristocracia pro romana, eliminando a los nobles judíos y destruyendo sus propiedades.—Horsley (1979:445, 440)

La colaboración en las clases altas judías durante el Imperio Romano era *extensiva*. Dado que en ese mundo los colaboradores judíos asistieron un genocidio contra su pueblo, ¿puede negarse que se hubieran ganado las puñaladas de los sicarios? Los antiguos romanos son análogos a los modernos nazis, y por lo tanto los antiguos sicarios son análogos a los grupos partisanos y de resistencia durante la Segunda Guerra. Estos últimos eran naturalmente enemigos de aquellos ‘líderes’ de la comunidad judía que colaboraban con Hitler, y asesinaron a más de uno. Los partisanos antinazi han sido justamente celebrados por su heroísmo y patriotismo, y lo mismo, pienso yo, debe hacerse con los sicarios.

Conclusión

La magnitud de las traiciones de algunos líderes judíos es proporcional a lo que estaba en juego. Y todo—*todo*—estaba en juego. La confrontación entre romanos y judíos que hemos venido repasando no puede exagerarse; fue un conflicto titánico que involucró a todo el Mediterráneo y que representó la amenaza más seria a la estabilidad del sistema represivo y esclavizador de los romanos. El futuro de Occidente, las vidas

y la felicidad de millones de personas, en generaciones sucesivas, dependían de una victoria judía. Pero los judíos perdieron.

No hemos dicho todavía cómo fue que los romanos, tan nerviosos con el poder judío, pudieron finalmente solucionar su problema político: su 'Problema Judío.' ¿Cómo lograron desinflar la popularidad judía para así poder lanzar con éxito sus ataques genocidas? Ahora veremos que la solución se las dio un judío acomodado. Fue ésta, si se quiere, la traición más consecuente, pues determinó la historia futura de Occidente. Lo veremos a continuación.

FUENTES

Aitken, J. K. (2000). Jewish tradition and culture. In P. F. Esler (Ed.), *The early Christian world* (Vol. 1, pp. 80-112). London and New York: Routledge.

Boatwright, M. T., Gargola, D. J., & Talbert, R. J. A. (2004). *The Romans: From village to empire*. Oxford: Oxford University Press.

Burn, A. R. (1962). *Persia and the Greeks: The defence of the West, c. 546-478 bc*. New York: St. Martin's Press.

Cahill, T. (2003). *Sailing the wine-dark sea: Why the Greeks matter*. New York: Random House.

Carroll, J. (2001). *Constantine's Sword: The Church and the Jews*. Boston: Houghton Mifflin.

Cartledge, P. (2001). *Spartan reflections*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.

Champion, C. B., & Eckstein, A. M. (2004). Introduction: The study of Roman imperialism. In C. B. Champion (Ed.), *Roman imperialism*:

Readings and sources. Bodmin, Cornwall: Blackwell.

Clines, D. J. A. (1993). Introduction to the Book of Ezra. In W. A. Meeks (Ed.), *The Harper Collins Study Bible: New revised standard edition* (pp. 699-701). London: Harper Collins.

Cohen, S. J. D. (1987). *From the Maccabees to the Mishnah*. Philadelphia: The Westminster Press.

Finley, M. I. (1959). Was Greek Civilization Based on Slave Labour? *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 8(2), 145-164.

Goodenough, E. R. (1938). *The politics of Philo Judaeus*. New Haven: Yale University Press.

Goodenough, E. R. (1940). *An introduction to Philo Judaeus* (2nd ed.). Oxford: Basil Blackwell.

Gruen, E. S. (2002). *Diaspora: Jews amidst Greeks and Romans*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Haidt, J. (2012). *The Righteous Mind: Why Good People are Divided by Politics and Religion*. New York: Pantheon.

Hölbl, G. (2001). *A history of the Ptolemaic Empire*. New York: Routledge.

Horsley, R. A. (1979). The Sicarii: Ancient Jewish "Terrorists". *The journal of religion*, 59(4), 435-458.

Jameson, M. H. (1977-78). Agriculture and Slavery in Classical Athens. *The Classical Journal*, 73(2), 122-145.

Johnson, P. (1987). *A history of the Jews*. New York: Harper & Row.

Levick, B. (1976). *Tiberius the politician*. London: Thames and Hudson.

Millar, F. (1993). *The Roman Near East: 31 BC -AD 337*. London: Harvard University Press.

Pagels, E. (1995). *The Origin of Satan*. New York: Random House.

Rosivach, V. J. (1999). Enslaving *Barbaroi* and the Athenian ideology of slavery. *Historia*, 48, 129-157.

Slingerland, D. (1997). *Claudian policymaking and the early imperial repression of Judaism at Rome*. Atlanta, GA: Scholars Press.

Smallwood, E. M. (1961). *Philonis Alexandrini Legatio ad Gaium: Edited with an introduction, translation and commentary*. Leiden: E.J. Brill.

Stanton, G. R. (1990). *Athenian politics, c. 800-500 B.C.: A sourcebook*. London and New York: Routledge.

Wolfe, R. (1987). *Christianity in perspective*. New York: Memory Books.

Zeitlin, S. (1945). The Political Synedron and the Religious Sanhedrin. *The Jewish Quarterly Review*, 36(2), 109-140.

¹ Haidt (2012:23-24)

² Roucek (1946:370)

³ Johnson (1987:96)

⁴ Clines (1993:718)

⁵ Burn (1962:xii)

⁶ Stanton (1990)

⁷ Cartledge (2001:85-86)

⁸ "**democracy**." Encyclopædia Britannica; from Encyclopædia Britannica Online; <http://proxy.library.upenn.edu:8420/eb/article-233829>; [Consultado: octubre 16, 2005].

⁹ Rosivach (1999:133-35)

¹⁰ "**ancient Greek civilization** ." Encyclopædia Britannica. 2009.

Encyclopædia Britannica Online. [Consultado 14 de marzo de 2009].

¹¹ *ibid.*

¹² Finley (1959:146, 151)

¹³ Burn (1962:163-64)

¹⁴ "ethics." *Encyclopædia Britannica*. 2009. Encyclopædia Britannica Online. [Consultado el 14 de marzo de 2009]

¹⁵ "human rights." *Encyclopædia Britannica*. 2009. Encyclopædia Britannica Online. [Consultado el 14 de marzo de 2009]

¹⁶ Jameson (1977-78:122)

¹⁷ Hölbl (2001:12)

¹⁸ *ibid.* (pp.318-359)

¹⁹ Aitken (2004:81)

²⁰ Zeitlin (1945:124)

²¹ Cohen (1987:26)

²² Wolfe (1987:149)

²³ Slingerland (1997:40)

²⁴ Boatwright et al. (2004:207); Sheldon (1993:72, 76)

²⁵ Gruen (2002:127)

²⁶ Slingerland (19979:65)

²⁷ *ibid.* (p.47)

²⁸ Millar (1993:354)

²⁹ Horsley (1979:446)

³⁰ Millar (1993:354-55)

-
- ³¹ Millar (1993:355)
³² *ibid.* (pp.30-31, 37, 357)
³³ Cohen (1987:16)
³⁴ Horsley (1979:446)
³⁵ *ibid.* (p.447)
³⁶ Carroll (2001:83)
³⁷ Slingerland (1997:51, 54-44, 66-67)
³⁸ *ibid.* (p.22)
³⁹ Boatwright et al. (2004:321)
⁴⁰ *ibid.*
⁴¹ Slingerland (1997:69)
⁴² Goodenough (1938:11)
⁴³ Slingerland (1997:69)
⁴⁴ Levick (1976:92)
⁴⁵ Pagels (1995:30)
⁴⁶ *ibid.*
⁴⁷ *ibid.* (pp.31-32)
⁴⁸ *ibid.* (pp.33)
⁴⁹ Smallwood (1961:26)
⁵⁰ Smallwood (1961:32-36); Millar (1993:59)
⁵¹ Smallwood (1961:27, 36)
⁵² *ibid.* (p.28); Champion (2004:274)
⁵³ Goodenough (1940:3-4)
⁵⁴ Pagels (1995:5-6)

- ⁵⁵ Gruen (2002:85)
⁵⁶ Slingerland (1997:14-15; 65, y nota 1)
⁵⁷ Horsley (1979:450-51)
⁵⁸ *ibid.* (p.442)